EL CAMINO EXTRECHO

Veía el alma el camino a medida que lo iba haciendo. Según ella, sí había camino y éste se descubría al andar. Bien es verdad que el camino era distinto para cada uno. Cada senda de la vida tenía su propia singularidad. Sólo la providencia sabía el camino de cada cual, no porque ya estuviese trazado, sino porque para la divinidad todo era un eterno presente. Según se hacía la ruta, su dirección iba cambiando. No era un cambio producto de un capricho o de una incoherencia. La modificación de la dirección de la vida a menudo se realizaba por una interiorización de los valores que los hacían originales y no dogmáticos. Entonces la senda se hacía ancha, donde antes parecía estrecha. Los que juzgaban a los hombres según valores esclavizantes y fríos, producto de no ser vividos, veían el camino de ésta como un escándalo. A menudo los caminos de los santos eran juzgados así. Además, la senda de la vida era vista ancha por el alma, cuando otros la veían estrecha, porque los pies que la recorrían iban movidos por la gracia de Cristo; los obstáculos del camino y la forma de vencerlos, pareciéndoles a muchos un auténtico sacrificio sin sentido, el alma los juzgaba serenamente como pruebas que la harían más sabia. El sufrimiento, superado con estoicismo y, sobre todo, con un corazón lleno de amor, era un pozo inagotable de crecimiento personal. Pero no crean que al alma le gustaba sufrir. ¡No, no! No era un alma masoquista, sino realista. Juzgaba el sufrimiento como una realidad en la vida del hombre, consecuencia de

ser autoexpulsados del paraíso. No era un alma ingenua, bueno, mejor dicho bobalicona. Ingenua, realmente, sí que era porque, aunque bien sabía ella, ya desde su más tierna infancia , que la maldad había expulsado al hombre del paraíso, se negaba en rotundo a perderlo. Por eso el alma sentía una gran alegría al comunicarse con otras almas, en especial con la de los niños y los sencillos. Ello suponía una retroalimentación de muchos paraísos que se negaban a perderse. Y por eso el alma sufría cuando la ponzoña del mal se cebaba sobre ella, bien desde intenciones que partían desde su propio ser o bien desde las de los otros.